



MONSEÑOR ENRIQUE ALVEAR:

Un vivo testimonio de amor

3781
196-1982-

«El hambre, la miseria, el abandono de los pobres, he ahí el gran pecado de la humanidad de hoy», decía monseñor Enrique Alvear el 21 de abril de 1963, cuando pronunciaba la homilía en la ceremonia de su consagración como obispo. Y desterrar ese pecado fue la gran motivación de sus cuarenta años de sacerdocio. Hoy, cuando ya han pasado seis años desde su muerte, la figura de este hombre sencillo conocido como el "obispo de los pobres" sigue presente entre quienes lo conocieron, quienes compartieron su amor por los más humildes y aún entre aquellos que, sin haber tenido la oportunidad de haberlo visto personalmente alguna vez, se continúan al escuchar testimonios sobre su vida.

La sencillez y transparencia de "Don Enrique" —forma en que lo trataban cariñosamente sus amigos— parte quizás con su venida al mundo en las fértiles tierras de Cauquenes, zona campesina y de aire limpio. Después de cursar estudios primarios en una modesta escuela del lugar, se trasladó a Santiago. Estudió en el Instituto Luis Campino y en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. Pero su vocación no era la de abogado y las leyes quedaron abandonadas para dirigir sus pasos hacia el Seminario Pontificio de Santiago. Allí se destacó por su profunda espiritualidad, su trato amable y jovial, su amor al estudio. Sin embargo, ya en esos años los aires de renovación soplaban en la Iglesia Católica y monseñor Alvear leía, estudiaba, siempre con la mente abierta a lo nuevo, siempre preocupado de los más pobres y desvalidos.

Su primera nominación como obispo en 1963 fue en calidad de Auxiliar de Talca, estando aún con vida monseñor Manuel Larraín. Luego fue designado como titular en San Felipe, para convertirse luego en obispo auxiliar de Santiago.

Los casi 20 años de su vida como obispo coincidieron con la nueva era que marcó el Concilio Vaticano II dentro de la Iglesia Católica. Después vendrían Medellín y Puebla, dos hitos en que la opción por los pobres se manifiesta decidida dentro de la Iglesia de América Latina. Monseñor Alvear abrazó con más fuerza lo que era su lema pastoral: "El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres", y su entrega y compromiso con la causa de los más necesitados alcanza niveles insospechados por aquellos que conocían al sacerdote modesto y sencillo que nunca dejó de ser don Enrique Alvear. De vida austera, combinó maravillosamente su trabajo con los desposeídos, asumiendo y compartiendo sus dramas cotidianos, con el estudio, la oración y la reflexión permanentes.



A seis años de su muerte su ejemplo y su mensaje siguen vivos.

• Después de seis años de su muerte, el pensamiento y ejemplo de quien fuera "el obispo de los pobres" sigue vigente y su figura se agranda en la medida que se conoce su vida con mayor profundidad.

Es indudable que la Zona Oeste, de la cual fue Vicario, tuvo gran influencia en su vida. Tal como él mismo lo expresó al conmemorar su aniversario episcopal una semana antes de su muerte, el 21 de abril de 1982: "Yo también quiero agradecer al Señor porque estos últimos años son los que más he aprendido. He aprendido de la Zona Oeste a ser pastor junto a los pobres", decía en lo que fue su despedida de aquellos hombres y mujeres de su zona, a los que amó tanto, por los cuales enfrentó riesgos, ataques, conflictos.

Si bien monseñor Alvear nunca dejó de decir una palabra en defensa de las causas justas, también fue un ardiente defensor de la acción no violenta. En 1981, después de una romería efectuada por las comunidades de la Zona Oeste —en apoyo a integrantes laicos del sector que habían sido detenidos—, la cual fue reprimida en forma violenta, don Enrique expresaba: "Si rechazamos las armas de injusticia, de violencia, nosotros no emplearemos armas de injusticia o destrucción de la persona, emplearemos las armas del respeto, porque creemos en la fuerza de estas armas".

Siempre presente cuando los pobres de su zona estaban en problemas, los instaba constantemente a desarrollar la solidaridad y la fraternidad. Incansable en

su labor de ayuda a aquellos que sufrían injusticia, pedía y exigía la libertad de los detenidos, de los reclusos, el retorno de los exiliados, una respuesta para el drama de los desaparecidos. "Era como un padre. Su presencia entre nosotros fue como el paso de un santo preocupado de cada una de las dificultades de sus hijos", recordaba un miembro de una comunidad de Pudahuel.

Por eso, las lágrimas de los pobres de su zona fueron tantas aquel 29 de abril de 1982, cuando don Enrique dejó de existir. Miles de manos sencillas le dijeron adiós y lo acompañaron acongojados hasta su rumba en un costado de la Gruta de Lourdes. Pero monseñor Enrique Alvear continúa vivo en cada uno de los hombres y mujeres que se acercan día a día hasta ese lugar a orar, a pedirle que interceda por ellos. Continúa vivo en sus amigos y colaboradores que formaron la Fundación que lleva su nombre. Don Enrique sigue presente en todo acto de amor y consuelo para aquellos que fueron sus predilectos: los pobres. La semana pasada la Fundación Obispo Enrique Alvear organizó una Semana Teológica para recordar su pensamiento y dar testimonio respecto a su vida bajo el lema: "Mi alimento es hacer la voluntad del Padre".

JR

Un vivo testimonio de amor [artículo] JR.

Libros y documentos

AUTORÍA

JR

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un vivo testimonio de amor [artículo] JR. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile